

los rusos ó moscovitas , como también á los búlgaros, y se dirigia á Constantinopla cuando le sorprendió la muerte en medio de sus conquistas. Sucedióle su hijo Bercke-can , que abrazó el mahometismo , y actualmente reina su posteridad en la Crimea , bajo la protección del Gran Señor.

Nicolao V envió tambien á Alemania al cardenal de Cusa , en calidad de legado , á fin de negociar una paz sólida entre los Príncipes , y exhortar á los fieles á que socorriesen con sus limosnas á los griegos y á los demás pueblos amenazados de los turcos. Las indulgencias publicadas con este motivo produjeron unas limosnas muy abundantes , á lo menos en los primeros tiempos. La Polonia , que no tenia menor interés en reprimir la codicia musulmana , no necesitó de las exhortaciones del cardenal para evitar los peligros á que estaba espuesta la religion en aquel reino , el cual contaba entonces entre sus principales prelados á Shigneo , obispo de Cracovia , tan generalmente estimado , que el Papa Eugenio y el Antipapa Felix le habian conferido como á porfía la dignidad de cardenal.

Estaba este prelado muy distante de toda condescendencia , cuando se trataba de los intereses de la religion. Habiendo enviado los sectarios de Bohemia una embajada muy agradable al Rey de Polonia , que esperaba grandes ventajas de su alianza , y habiéndolos admitido á su comunión los obispos polacos que se hallaban en la corte , no solo rehusó el de Cracovia comunicar con ellos , sino que suspendió los divinos

oficios en esta ciudad cuando pasaron por ella para restituirse á su pais. Irritado el Rey , le amenazó con un destierro ; pero le respondió el obispo que todas las desgracias y la muerte misma , padecidas por la religion , serian para él un motivo de alegría. En efecto , aunque tuvo noticia de que el Rey habia mandado que le asesinasen , ni se rodeó de guardias , ni tomó ninguna otra precaucion la noche en que se habia de dar el golpe , antes bien durmió en el mismo cuarto y en la misma cama , y sin esperar á que amaneciese fue á la iglesia á maitines , acompañado , como tenia de costumbre , de un solo sacerdote , y de un muchacho que los alumbraba. Cuando este magnánimo y prudente prelado solicitó el jubileo para los polacos y lituanos , suplicó al Papa Nicolao que dispensase á estos pueblos de la peregrinacion de Roma , con la precisa calidad de que todos y cada uno habian de dar á los cuestores la mitad de lo que hubieran gastado en el viage (1) : lo que concedió el Papa con mucho gusto , atendiendo á que habia ya egemplares de esta prudente dispensa , que para los pueblos distantes ha venido á ser una práctica ordinaria. No hubo motivo para quejarse de esta propuesta , en vista del cálculo que se hizo de la suma que resultaria de aquellas contribuciones voluntarias , pues era tan considerable que se la redujo á una cuarta parte en lugar de la mitad , y aun así completó la cantidad necesaria para el objeto á que se destinaba.

9. Las inquietudes y movimientos de la cristian-

(1) *Michon. l. 4. c. 59. Gram. 22.*

dad procedian del carácter del sultan que acababa de reemplazar á Amurates (1). Mahomet II, el único hijo que le habia quedado, y que, segun dicen, habia nacido de madre cristiana, hija del déspota de Servia, mostraba unas inclinaciones funestas, y especialmente temibles á la religion de Jesucristo. Al ódio implacable y en cierto modo natural con que miraba á los cristianos, añadia todas las cualidades que podian hacerle capaz de producir los mas tristes efectos; pues habia recibido de la naturaleza un cuerpo robusto y de una fuerza prodigiosa, propio para todas las fatigas y espediciones militares, un temperamento fogoso, y un genio precipitado y violento. Tenia un entendimiento despejado y perspicáz; era exacto en sus proyectos y providencias; fecundo en recursos; sagáz y disimulado; de un acierto singular, cuando no se dejaba llevar del furor de sus pasiones; intrépido; emprendedor; insaciable de gloria, y tan feliz, que todos aquellos para quienes la fortuna no es una cosa puramente fortuita, hubieran creido que la tenia á sus órdenes. Pero, por mucha que fuese su felicidad y grande su valor, tuvo tambien mucha parte su política y su prudencia en el prodigio casi increíble de sus espediciones, esto es, en la conquista de dos imperios, de doce reinos, y de doscientas ciudades de que despojó á los cristianos.

Era bastante instruido, si se atiende á que estaba siempre á la frente de sus egércitos, y á que era un mahometano, gente á quien está prohibido el estu-

(1) *Hist. Phran. et Duc. passim.*

dio. Por tanto miraba el alcoran como una necesidad, y cuando hablaba de Mahoma con sus confidentes, le trataba de gefe de bandidos. Sabia perfectamente cinco lenguas, además de la de los turcos, esto es, la griega, la latina, la arábica, la caldéa y la persa. Además de la ciencia de la guerra, que supo por principios y por esperiencia, estaba instruido en las matemáticas, en la astronomía, ó por mejor decir, en la astrología, y en la historia de los hombres célebres de la antigüedad, cuyas virtudes y hazañas procuraba imitar. Despreciaba todas las religiones, no adoraba otra divinidad que la fortuna, no conocia otra providencia que el cuidado que tiene cada uno de sí mismo, no tenia mas ley que su alfange, ni mas regla de sus acciones y conducta que su interés, su grandeza y sus placeres. No cumplia palabra alguna, tratado ni juramento, sino en cuanto podian conducir para el logro de sus designios, siendo estos los motivos interesados de algunos actos de justicia, de liberalidad y de proteccion con los literatos, en medio de los vicios que le dominaban. No obstante la filosofia de que se preciaba, pasó, como otros muchos, desde la incredulidad á la supersticion, y encaprichado con la astrología, erigió una columna misteriosa contra las serpientes, y dispuso al mismo tiempo que, observando el influjo de ciertas constelaciones, se hiciese una estatua ecuestre contra la peste.

Su libertinage, su crueldad y el desenfreno de todas sus inclinaciones perversas, igualaron á la depra-

yacion de su ánimo. Hizo quitar la vida, entre otros, á los Príncipes de Bosnia y Metelin, contra la palabra que habia dado con toda la solemnidad imaginable; y mandó que en su presencia abriesen el vientre á catorce pages suyos, para averiguar cuál de ellos se habia comido un melon que faltaba en un jardin cultivado por él mismo. Quejándose sus genizaros de que se afeminaba con el amor que tenia á una muger, la llamó, la puso delante de ellos, dejó que considerasen su hermosura, desenvainó el alfange, y asiéndola de los cabellos, la cortó la cabeza. Tal era Mahomet II, hombre atróz aun en sus mismas virtudes. Sin embargo de lo cual le dieron los turcos el renombre de Boyuc, esto es, el grande: título que no debió negarle la religion musulmana, pero que no mereció segun los principios del cristianismo y de la razon, como no se quiera decir que fue grande en el orgullo, en la disolucion, en el latrocinio, en todo género de atrocidades y de impiedad. Era enemigo furioso del nombre cristiano, y por desgracia subió al trono á los veintiun años.

10. Previendo el Papa los grandes daños que podia causar á la cristiandad, y en particular al imperio de Constantinopla un enemigo tan formidable, escribió y envió legados á todas partes, á fin de escitar el valor de los Príncipes y de los pueblos; pero el estado de los asuntos de Europa y el carácter de sus principales Soberanos frustraron casi todas estas tentativas. En España estaban ocupados los Príncipes en pelear contra los moros, y en hacer descubrimientos

en paises distantes; y por otra parte se habia introducido la discordia en el seno de la familia real de Navarra, supuesto que Carlos, Príncipe de Viana, y el Rey Juan, su padre, tenian dividida la corte y las provincias en dos facciones encarnizadas y prontas á destruirse mutuamente (1).

La Francia y la Inglaterra continuaban sus hostilidades con el ardor natural á dos naciones, animadas, la una por sus triunfos actuales, y la otra por la memoria de su grandeza (2). Deseando el Padre comun de los Príncipes y pueblos cristianos, establecer la paz entre unas gentes tan enconadas, envió legados de un mérito extraordinario á las dos cortes: á la de Francia al cardenal Francisco de Estouteville, hijo del gefe de la Cava del Rey, y á la de Inglaterra al arzobispo de Ravena, de la ilustre casa de los Ursinos. Carlos VII respondió al cardenal, que sentia en extremo los males que afligian á la Iglesia, y que estaba pronto á hacer una paz sólida con un Príncipe cristiano, para convertir sus armas contra los enemigos de la Religion. Muy contrarias disposiciones manifestó el Rey de Inglaterra, pues á cuanto le dijo el elocuente legado acerca de la superioridad de las armas francesas en Guiena y Normandía, y á la pintura horrorosa que le hizo de la ruina que amenazaba á su trono con motivo de las disensiones y de las guerras civiles, agitado Enrique de un espíritu de vértigo, y abandonado en cierto modo á su mala suerte, res-

(1) *Marian. l. 22. c. 15.* (2) *Monstr. t. 3.--Gaguin. l. 10.--Bellefor. l. 6. c. 3.*

pondió siempre con un orgullo insensato, que cuando hubiese reconquistado todo lo que le habian quitado los franceses, podria entrar en negociacion, pero que antes no habia que pensar en ello.

11. El cardenal de Estouteville, hombre laborioso, intrépido y muy amante del buen orden, se ocupó, con el beneplácito del Rey, en reformar los abusos que habia en la universidad de París, para desquitarse en algun modo de no haber podido desterrar la discordia del seno de las naciones. Mandó que le presentasen los estatutos primitivos con los puntos de reforma, establecidos ya en diferentes ocasiones; derogó lo que no podia subsistir á causa de la variedad de los tiempos y costumbres, confirmó lo demás, añadió algunos reglamentos, y fulminó escomunion contra todos los que violasen aquel nuevo cuerpo de leyes. Son dignas de notarse las disposiciones de que en lo sucesivo no podrian los doctores en teología obligar á los bachilleres á que les diesen banquetes suntuosos; que la esplicacion de las sentencias no se haria de memoria y sin cuadernos, con una vana ostentacion; que los profesores de derecho no recibirian mas que doce escudos por el grado de licenciado, y siete por el de bachiller; que en la facultad de medicina no serviria el matrimonio de impedimento para regentar cátedras; que en la de artes no podrian los estudiantes mudar de maestro, cuando no tuviesen para ello otra causa que el temor de un castigo merecido; y que se huiria, como de prácticas detesta-

bles, de todo convenio para votar por interés pecuniario en las elecciones de rector. En general se mandó, con respecto á todas las facultades, cuanto podia contribuir á conservar la pureza de las costumbres, sin olvidarse de la observancia de los exámenes, y del tiempo que debia emplearse en el estudio, de la asistencia á las lecciones y de la quietud, decencia y modestia con que se debia estar en las aulas. Pero se advierte un vicio ó una omission, comun á estos estatutos y á todos los precedentes, á saber, que no hay en ellos ningun freno contra la insolencia de los estudiantes fuera de las escuelas, ni contra el uso turbulento é imperioso que hacian los maestros de sus privilegios. Se vió tambien despues de esta reforma, que la república de los colegios chocó varias veces con el pueblo, con la policia, con la magistratura y aun con la gerarquía. Se interrumpieron las lecciones y los sermones, y se pretendió usurpar los derechos de la potestad política, hasta que usando ésta de sus fueros con un rigor que suele equivocarse con la injusticia, hizo que perdiesen los estudios públicos sus mejores y mas apreciables privilegios á fuerza de querer estenderlos.

12. En cuanto al proyecto de que trataba el Sumo Pontífice á favor de la Religion, no tiene duda que debia promoverle como principal agente la cabeza del imperio cristiano. Pero el Emperador Federico IV, Príncipe de genio sosegado y tranquilo, de una esterioridad augusta, amante de la paz, apre-

ciador sincero de la virtud y celoso en algunas ocasiones, no tenia el nervio ni la consistencia necesaria para el papel que habia de desempeñar en las circunstancias en que se hallaba la cristiandad (1). Segun el testimonio de Eneas Silvio, que habia sido su secretario y confiesa las buenas cualidades que tenia, sus costumbres suaves y pacíficas le inspiraban una especie de horror aun á las guerras indispensables; preferia el descanso á la gloria; sus diversiones estaban reducidas á edificios y jardines; era para él una ocupacion séria hacer colecciones de curiosidades naturales, de obras primorosas de las artes, ó de cosas apreciables por su materia. Parece tambien que su memoria, de la cual se dice que fue prodigiosa, adquirió su estension, segun la creencia ordinaria, á espensas de las demás facultades del alma. San Antonino de Florencia, que le recibió en su ciudad episcopal y pudo observarle en las varias conversaciones que tuvieron, dice que no advirtió en él señal ninguna de talento superior y elevado, que todo lo que hacia y pensaba era por imitacion, y que le gustaba mucho mas recibir que dar (2). Acerca de lo que le agradaban los regalos, se refiere un hecho bastante particular, sucedido en Venecia. Habiéndole presentado los venecianos un magnífico escaparate de cristal, Federico que era mucho menos inclinado á lo brillante que á lo sólido, hizo seña á un loco que habia llevado en su compañía para que derribase la mesa en que estaba el escaparate. Luego que el Emperador

(1) *De Europ. c. 22.* (2) *Tit. 22. c. 2.*

le vió enteramente roto, se echó á reir, y dijo en alta voz: „Si hubiera sido de oro ó de plata, no se habria hecho pedazos.”

Pasando por Bolonia para ir á Roma á recibir la corona imperial, le envió una embajada Francisco Sforzia que habia sido elevado al ducado de Milán contra la voluntad de este Príncipe, con el objeto de ofrecerle sus respetos y de pedirle que fuese á Milán á recibir la corona de hierro; y no solamente se negó á ello, sino que despidió con desabrimiento á los embajadores; pero el duque que tenia interés en evitar la enemistad del Emperador y las consecuencias que de ella podian originarse, le envió su hijo Galeazzo con muchos y preciosos regalos (1). No pudiendo resistir Federico á un ataque tan poderoso, creó caballero á Galeazzo y concedió su amistad á Francisco.

Un Emperador dominado de semejantes pasiones, y que muchas veces no tenia otra regla de su conducta que su propia flaqueza, no era muy á propósito para reducir á los Príncipes cristianos á consagrarse á la causa comun, y hacer sacrificios penosos por la Religion. Así es que sus viages á Roma y á las varias cortes de Italia se redujeron á una de aquellas ceremonias de ostentacion y aparato, en que solia hacer un papel brillante. Desde Florencia, á donde habian ido á cumplimentarle dos cardenales de parte del Papa, pasó á Sena á recibir á la Emperatriz Leonor, Princesa de Portugal, con la cual se habia casado

(1) *Naucler. gener. 49. p. 474.*

por medio de sus embajadores. Al acercarse á Roma salieron á recibirle trece cardenales, con todo el clero y los magistrados de la ciudad, y le llevaron debajo de un palio magnífico hasta las gradas de la iglesia de San Pedro, donde estaba el Papa con todas las insignias pontificias, sentado en un trono de marfil. Llevaban la espada desenvainada delante del Príncipe, el cual besó los pies al Pontífice, y le presentó la poma de oro, segun costumbre. El dia 15 de Marzo del año 1452, le dió el Sumo Pontífice, usando de su pleno poder y autoridad, segun la súplica que le habia hecho el Emperador, la corona de hierro ó del reino de Lombardía, pero confirmando al mismo tiempo los derechos de Milán, donde debia recibirla; y mientras se celebraba la misa, se ratificó el matrimonio contraido por medio de procurador entre Federico y Leonor. El domingo siguiente, 19 del mismo mes, pusieron una alba á Federico, despues de haber hecho los juramentos acostumbrados; fue instituido canónigo de San Pedro, consagrado y coronado como Emperador de romanos, con la corona de oro. Tenia el manto, la espada, el cetro, la poma y la corona de Carlo Magno, que se habian llevado á este efecto desde el centro de Alemania. Consagró tambien el Papa á la Emperatriz. El Emperador sirvió de caballerizo al Sumo Pontífice desde San Pedro hasta Santa María, al otro lado del puente, y luego fue conducido al palacio de Letran, en donde le dió el Papa un espléndido banquete. Despues de haber ido el Emperador á recibir honores y regalos á algu-

nas cortes de Italia, volvió á tomar el camino de Alemania, dejando á los italianos tan concentrados en su interés particular y tan divididos entre sí, como lo estaban antes de esta vana inspeccion.

13. Aunque Alfonso, Rey de Aragon y de Nápoles, disimulaba con respecto al nuevo duque de Milán, estaba en guerra abiertamente con los genoveses. Estos, como la mayor parte de los republicanos, no veían otro bien público que el de su pequeño estado, y como republicanos comerciantes, no tenían mas nobleza de alma que la que manifestaron poco despues, pagando tributo á Mahomet II para conservar su comercio. Los venecianos trataron tambien con este sultan, á fin de recobrar lo que habian perdido; pero con la condicion de que si se unian los cristianos para declararle guerra, tendrían la libertad de tomar el partido de estos Príncipes en defensa de la fe: tratado estravagante que no dejó de aceptar el mahometano, manifestando con este solo rasgo toda su destreza y sagacidad.

Las demás ciudades de Italia, que tenían cada una su república ó su Príncipe particular, no tomaron mayor parte en el interés general, sucediendo lo mismo, con mucha mas razon, en los reinos del norte, Escocia, Dinamarca, Suecia y Noruega, tan distantes del peligro, que tenían muy poco motivo para temerle. El Papa y el Emperador que debían ponerlo todo en movimiento, y á los cuales se respetaba en la apariencia, eran unos gefes sin autoridad, que solo tenían de grande el nombre de tales. Así, pues, tanto